



El instante del poema: apuntes sobre la poesía de Luis Feria

I. Ausencias, soledades.

Escribir en estos días sobre Luis Feria significa aludir, inevitables, a sus varias muertes. Algunas de ellas son, sin duda, muertes menores. Nunca, por ejemplo, aceptó Luis que su rostro quedara impreso en fotografías al uso. Era un no-ser para la prensa. Solitaria, una única imagen reiterada -desde la que nos mira ya fuera del tiempo, extraída de su libro maravillosamente amarillo, *Saludaciones-*. Tampoco quiso saber de entrevistas, presentaciones, lecturas públicas; firme en la creencia de una poesía viva y reviva en las páginas de los libros, moribunda si alguien intentaba desterrarla de ese su esplendente país natural. Otras son sus muertes mayores, aquellas que sin ser perseguidas, acaso, nunca evitara. Quedémonos, sin embargo, con el recuerdo de sus varias vidas. Todas ellas celebran la palabra: poemas y libros, cháchara y jarana y enredos y cuentos y, de nuevo y siempre, los libros, los poemas.

Dos hechos se presentan indiscutibles al revisar los trece libros que, a lo largo de cuatro décadas, diera Feria a la edición. Por un lado, advierten de un camino riguroso hacia la depuración de sus poemas, acendramiento expresivo que conlleva, por otro lado y sin posibilidad alternativa, la más expresa *soledad*

creadora.

“Quince años exactamente transcurrirán hasta la aparición, en 1981, de *Calendas*. Silencio editorial que Luis Feria aprovecha para dedicarlo a una continuada búsqueda poética, al tiempo que se produce un cambio decisivo en su vida”. Abre con estas palabras Jorge Rodríguez Padrón uno de los apartados -Regreso y ruptura- sobre los que estructuró su ensayo introductorio a la antología de Feria, *No menor que el vacío*, editada en 1988. Efectivamente, en la década de los ochenta inaugurará el poeta canario, sin duda, su periodo de creación más fecundo y brillante, aun cuando éste implicase, a su vez, el alejamiento -físico y espiritual- de lo que hasta ese momento fuera su territorio de vida personal y literaria.

II. Tránsito y paseante.

La vuelta a la Isla a finales de los setenta revitaliza, paradójicamente, la presencia editorial de Luis Feria. De sus trece libros, once son publicados entre 1981 y 1996, como si necesitara *ausentarse*, disponer de cierta distancia, de cierto espacio entre aquella escritura y aquella vida que había sido la suya durante casi cuatro lustros. A partir de aquel momento, Luis Feria se convirtió en un paseante memorioso; recordaba y



recordaba aquella isla y aquella ciudad que habían sido, como antes había recordado la infancia que alguna vez fue. Todo mixturado: poesía, memoria y vida; infancia y madurez. *Dinde*, gestado durante los años peninsulares, inaugura -y cierra junto a *Más que el mar*- esa visión de la infancia y el país insular. En ninguna otra obra retornará Feria a los ámbitos imaginarios de la isla. En el prólogo a la primera edición de *Dinde* ya lo advertía José Carlos Mainer, esa tendencia a autodistanciarse, irónico, escasamente compasivo consigo mismo, de Feria. Así, ni la infancia acogida en estos poemas en prosa es sólo la infancia personal, recuperada mediante el ejercicio de la memoria poética, ni el espacio restablecido gracias a tal operación creadora es el único lugar insular. Conjuraba el autor toda tentación sentimental en la cita de Kierkegaard con la que se abre el libro: "Esa universalidad que es el privilegio de la infancia". Y, sin embargo, quienes pasearon alguna vez con Luis por la ciudad no dudan en recordar cómo señalaba una casa exacta, una azotea precisa donde sucedieron los días aquellos del poema *Los colores*. Siempre el juego, el requiebro que se desdice para reconocer la verdad poética, la única verdad. Nunca queda *el lugar* en los poemas de Feria, no importa el sitio, la ubicación; no tenemos deudas con la geografía si ésta no es el perfil humano, parece decir, socarronamente, cuando pasea y mira. El poema es la mirada, el instante, el recuerdo. Ya quedó dicho, Luis Feria eligió la soledad creadora alejándose, incluso, de las propuestas que sostienen sus más aventajados coetáneos -Manuel Padorno, Antonio Gamoneda, María Victoria Atencia-, todos ellos asidos en sus obras al paso por el lugar. Luis es el otro, aquel que no está, que no es de sitio alguno. Aunque pasea y mira; el isleño será siempre un extranjero en su mirada, como apunta el también insular José Carlos Cataño.

Sin embargo, es esa misma condición de extranjería donde se sitúa el origen del mecanismo perceptivo a partir del que Feria ejecutará su visión. Habitados a nuestra propia existencia, al lugar, al transcurrir cotidiano de días y días, estamos cegados para la maravilla, para el poema. Sólo el visitante,

aquel extranjero que ve por vez primera, es capaz de *descubrir*. Entonces basta cualquier cosa, por insignificante que sea, para que el hallazgo nos sea dado. Corrijo; el hallazgo se nos entregará en el común prodigio que es la vida abundante y prolija.

III. Instante de vida, las cosas, el verso.

"Como el mineral: / ciérnelo, o si no / mejor es callar". Es el poema titulado "El poema", primero del libro *Cuchillo casi flor*. Será a mediados de los años



ochenta cuando el poeta nos descubra su razón más alumbradora. *Clepsidra*, *Salutaciones*, *Cuchillo casi flor*, *Casa común*, nos obsequiaron cucarachas, hormigas, gallinas, pulgas, golondrinas, gorriones, grillos y, también, café, violetas, sandías, perejil, ollas, judías y, más y más aún: copos, pájaros, palomas, viento, lápidas, espumas, nubes. La vida pulsa las palabras y se revela

en ellas. Feria leía en el universo sensible de los objetos, y de ellos exhibía el ángulo evidente aunque distinto, raro y brillante, como cuando de la buganvilla nos descubre: "Hundo la cara en su cuenco cruento / donde vengo el dolor y atempero los labios. / De su escarlata airado me deduzco; / baje un ave incorrupta a rescatarme".

La plenitud del instante, la brevedad que siempre escapa: el aire que se respira y ya es tiempo ido. Consciencia de lo finito el poema, al ser humano lo turba su misma *humanidad* y, aun así, busca la alianza con su condición inefable. *Arras*, último libro publicado por Luis Feria, pareciera cerrar ese círculo mágico en brevísimos destellos de verbo, tiempo y emoción: "Antes que el sol se ponga fluye, vida, / invicta, entera, immoderada. / Ahora."

Mas, nunca dejo Luis de sorprender. Demasiado descreído -incluso, consigo mismo-, creyente, además, en la potencia mutadora de la palabra poética, un otro excepcional tono -de no menor brillantez literaria- marca los preciosistas poemas de dos entregas editoriales que se alejan de lo mencionado hasta este punto: *Subrogación de Sor Emérita y otros prodigios* y *Del amor*. Amor e ironía, querencia y sensualidad en el verbo, celebran las diecisiete composiciones que reúnen ambos volúmenes para mostrar, bajo la invocación de los juegos apócrifos, el quebranto verbal -eufónico- y social -moral- de Santa Berenice, Teresa de Cepeda, Tiresias, San Froilán o aquella Dama en Nápoles: "Publia Pompeia Clara, / de la nómina extensa de las aliviadoras, / urgía a los cristianos / con su pubis de fucsia / y sus labios dementes donde aguardaba el sol".

IV. Quebrantos, querellas, querencias.

Poema: querencia y quicio de la vida. Así ansiaba la literatura Luis Feria; así deseaba de la vida Luis Feria, como en la penúltima de sus *Seis querellas de amor*: "No me alejes tu sed, mi dulce y decisiva; / si amar es definir que hablen los cuerpos; / olvidemos ahora conceptos y palabras, / volvamos a empezar: somos dos todavía".

POEMAS INÉDITOS



ARMARIO

Mamá se olvida la llave del armario.
Sésamo ábrete: guarda
una gota de agua para verse mejor,
los pétalos que le sobran de la piel,
el pomo del que se unta el sol,
el cascabel para apariencia alegre,
los zapatos gastados de andar para atrás a joven,
los ojos azules que se quitó porque el mar la perseguía,
sus manos que nos roban del peligro,
y al fondo al fondo al fondo
yo, hace mucho, allá lejos, muy antes de nacerme.

COMETA

Requieres libertad: todo el aire tu aire.
¿Y qué hallarás arriba
que no tengas aquí? Ni mano cordelera
ni desván donde echarte.
¿Es que viste al halcón? Nunca serás su igual:
si eres tan torpona
que tengo que llevarte de la mano.
¿Tu patria verdadera?
¿Qué pasará si llueve y tú sin gabardina,
dónde vas a comer si no tienes salario?
¿Que sólo el viento es vida? Bien, pues sea.
Los niños muertos viven; te buscaré entre ellos.

MESA

Cuadrúpeda, centaura,
¿quién dice que no hablas?
A mí, sí: come, come,
que aproveche, ¿está bueno?
Qué señora, qué clase. Pero me gusta aún más
oírte crepitar, cantar viva la gente,
llamarme mi joquei, mi prenda, zanganote.
Te monto al pelo, te pinto color blanco,
te gualdrapo un mantel, te derramo un jarrón
para que te refresques.
Mira cómo ronrona tu madera,
cómo se arquea tu cuadril.
Galopa y corta el viento, mi yeguona,
vamos hasta la venta.
"Maritornes,
dale pienso a mi amiga Rocinanta".
Que aproveche, ¿está rico?
Ah, lo fino se pega. Dichosa urbanidad.

AZÚCAR

Azúcar, repatriame
al territorio impuro de la infancia,
devuélveme palabras como vidas,
enjalbega mi casa,
derrámame en tu sesgo de nieve desgajada,
olfatéame el hueco de la sangre,
resurge en mi esqueleto que ha cometido error.

Los poemas aquí recogidos forman parte de un conjunto de textos sobre los que su autor trabajó durante varios meses, en 1985, cuando preparaba la edición de *Salutaciones*. En este período de actividad, mientras se realizaba la transcripción mecanográfica de los manuscritos, Luis Ferial ordenó lo que serían tres de los libros que editara a lo largo de los siguientes años: el ya mencionado *Salutaciones* (1985),

Casa común (1989) y *Cuchillo casi flor* (1991). Fiel a su forma de entender la labor poética, a medida que los textos iban siendo transcritos, efectuó minuciosas correcciones y cambios sobre ellos, al tiempo que los ordenaba y agrupaba. En este proceso, diversos poemas quedaron fuera de aquellos libros; una pequeña muestra de ellos conforma los cuatro que se publican ahora en Cuadernos del Ateneo.